



Meñique

Versión libre de Eddy Díaz Souza

Este breve texto está inspirado en el cuento homónimo de Laboulaye, que tradujera José Martí para los niños de La Edad de Oro. La pieza puede ser interpretada por un actor o narrador, e incluir títeres, música y decorados.

NARRADOR. Andar, viajar, partir... Unos llegan, otros van... El mundo es un constante ajeteo, un ir y venir, a veces bullicioso, a veces silente. En este correr de aquí para allá y de allá para acullá, por suerte, siempre ha habido algo de tiempo para mirar, escuchar y aprender de las historias. Incluso de los cuentos de magia, como este que ocurrió en un país muy extraño, hace ya mucho tiempo.

En aquel país vivía un campesino que tenía un hijo pequeño, asombrosamente pequeño, tan pequeño que, aunque se llamaba Juan, todos lo decían Meñique. El padre de Meñique era un campesino pobre, realmente pobre, así que un día no tuvo ni pan para poner en la mesa.

PADRE. Meñique, hijo mío, por más que desyerbo y siembro, no hay semilla que crezca en esta tierra. No hay remedio. Tienes que dejar esta choza y buscar fortuna por el mundo.

MEÑIQUE. ¿Cómo? ¿Irme? ¿Irme y dejarte?

PADRE. Vete tranquilo, Meñique. Yo estaré bien.

MEÑIQUE. Pero, ¿acaso no soy muy pequeño para este mundo?

PADRE. Tú verás.

NARRADOR. El padre le dio un beso. Meñique hizo un bulto pequeñito con sus pocas pertenencias y salió al camino. En algún momento se volvió a ver la casa en que había nacido y entonces descubrió a su padre, aun en la ventana, diciendo adiós. Lo vio por un momento y luego siguió adelante, siempre adelante, sin mirar atrás; porque si insistía en ver la casa a sus espaldas, el jardín, la ventana y la mano de su padre, entonces avanzaría muy poco.

Y andando, Meñique se encontró un caminante.

MEÑIQUE. ¡Hola, amigo! ¿Cómo estás?

HOMBRE 1. Tengo prisa.

MEÑIQUE. ¿A dónde vas?

HOMBRE 1. Voy al palacio del rey a cortar un roble encantado. Si derribo el árbol, podré casarme con la princesa. Si me caso con la princesa seré rico, muy rico. Soy fuerte. Soy el tipo. Lo haré. Yo lo haré... 1, 2 y 3.



NARRADOR. Y sin decir ni una palabra más, echó a correr el hombre. Meñique trató de alcanzarlo, pero algo lo distrajo. Un ruido extraño, como el tan-tan de un tambor que se multiplicaba en el aire. Y Meñique fue a ver. Era un hacha encantada que cortaba un recio pino.

MEÑIQUE. Buenos días, señora hacha, ¿no está cansada de cortar tan solita ese árbol tan viejo?

NARRADOR. El hacha dejó de cortar y, al instante, cayó a los pies de Meñique que, sin preguntar más, metió el hacha en su bolso. Y siguió, cantando y bailando.

A poco andar ya era de piedra todo el camino¹, cuando Meñique conoció a un señor muy pensativo, sentado sobre una roca.

HOMBRE 2. En el palacio del rey, un roble encantado creció de repente. Sus raíces secaron los manantiales y sus ramas dejaron a oscuras el palacio. No hay hacha que pueda derribar el roble, ni pico que pueda abrir un pozo en la roca. ¡Qué problema!

MEÑIQUE. ¡Hola, amigo!

HOMBRE 2. Alguna solución habrá.

MEÑIQUE. Ya lo creo. Casualmente...

HOMBRE 2. Si logro derribar el árbol y abrir el pozo, el rey me dará el título de marqués. ¡Yo, marqués! Y me dará una buena parte de su oro. ¿Cuánto oro podrá ser? ¡Yo qué sé! Y me regalará tierras, todas las tierras... ¿del este o del oeste? ¡Yo qué sé! ¿Cuántas hectáreas? ¡Yo qué sé! Ya veré qué hago con tantas tierras. También me dará la mano de la princesa, que es una mujer inteligente y bella. ¿Sabrá tejer tapices? ¡Yo qué sé!

NARRADOR. El hombre siguió pensando en voz alta y haciendo cálculos. Entonces Meñique oyó un ruido, como de un hierro que golpeaba una roca. Y allá fue a ver. Era un pico encantado que rompía las rocas como si fueran de mantequilla.

MEÑIQUE. Buenos días, señor pico, ¿no está cansado de picar tan solito esa roca vieja?

NARRADOR. Como por arte de magia, el pico cayó a sus pies. Meñique, sin preguntar más, metió el pico en su bolso y siguió su camino.

Meñique, canta.

MEÑIQUE. ¿De dónde saldrá tanta agua?

¹ En cursiva, textos de José Martí.



NARRADOR. Se preguntó Meñique, a los pies de un riachuelo y echó a andar por la orilla del arroyo, que se iba estrechando, estrechando hasta que no era más que un hilito. Al final, encontró Meñique una cáscara de nuez encantada, de donde salía el agua a borbotones.

MEÑIQUE. *Señor arroyo, ¿no está cansado de vivir tan solito en su rincón, manando agua?*

NARRADOR. La cáscara de nuez no respondió, pero al momento dejó de surtir agua. Entonces, Meñique, sin preguntar más, la guardó en su bolso y siguió el camino.

Meñique, canta.

Anduvo toda la tarde, hasta que llegó al palacio del rey, que era magnífico. Y vio Meñique el roble encantado, cuyas ramas cubrían de sombras todo el palacio. Y vio también la roca dura, donde difícilmente podría abrirse un pozo. El rey estaba cabizbajo. Había que verle la cara de tristeza. Y no era para menos: todos los hombres habían fallado. Y todos los picos y hachas, inservibles, se apilaban en un rincón. Meñique se presentó ante el rey.

MEÑIQUE. Su Majestad, soy Meñique, hijo de campesinos, y he venido hasta aquí para cortar el roble encantado.

NARRADOR. Todos miraron a Meñique, y al advertir que era muy pequeño, echaron a reír. Pero a reír de lo lindo. Y eran tantas las carcajadas, que el rey se disgustó.

REY. ¡Quítenme a este enano de mi vista o mando a que le corten las orejas!

MEÑIQUE. Señor rey, *la palabra de un hombre es ley*. Yo tengo derecho, como los otros, a probar mi suerte. Yo cortaré el árbol, o usted me cortará las orejas.

NARRADOR. El rey no supo qué decir. Sentía pena de aquel muchacho tan pequeño. Entonces Meñique sacó el hacha encantada de su bolso y le dijo:

MEÑIQUE: ¡Corta, hacha, corta!

NARRADOR: Y el hacha cortó. Cortó las ramas, taló el tronco, arrancó las raíces y convirtió el árbol en una pila de leña.

REY. ¡Oh, maravilloso! Muy bien, muy bien... hiciste un buen trabajo. ¿Cómo es que te llamas?

MEÑIQUE. Meñique, señor.

REY. Pues bien, Meñique, ahora necesito que en este amplio patio de roca dura, abras un pozo.

NARRADOR. Meñique escuchó al rey, pero sin apartar sus ojos de la hermosa princesa. Su respuesta fue casi un suspiro.



MEÑIQUE. Lo haré, Majestad.

NARRADOR. Meñique sacó el pico de su bolso y susurró:

MEÑIQUE. Cava, pico, cava.

NARRADOR. Y el pico cavó, y el granito saltó en pedazos, y en un abrir y cerrar de ojos quedó abierto el pozo.

REY. ¡Oh, qué profundo! Pero un pozo sin agua es como un campo sin flores.

MEÑIQUE. No se preocupe, Majestad, que agua tendrá.

NARRADOR. Meñique sacó la cáscara de nuez y la lanzó al fondo del pozo.

MEÑIQUE. ¡Brotó agua, brotó!

NARRADOR. Y el agua brotó, y al instante se llenó de agua el pozo. Todos aplaudieron: el rey, la princesa, los cortesanos... La luna, curiosa, se asomó al brocal del pozo.

REY. ¡Oh, increíble! Se dice y no se cree. Este muchacho es un portento. Meñique, has cumplido tu parte, por eso cumplo yo la mía: te doy... parte de mi reino y te nombro marqués. ¡Viva el marqués Meñique!

Aplausos. Vítores.

MEÑIQUE. Gracias, Majestad, pero creo...

REY. Es hora de comer.

MEÑIQUE. Olvida algo, señor rey.

REY. ¿Algo? ¿Algo? ¿Algo como qué?

MEÑIQUE. La mano de la princesa.

REY. ¡Ah, no! La mano de la princesa es únicamente de la princesa y solo ella decide a quién le da su mano. *(Sale.)*

PRINCESA. Me casaría contigo, Meñique, pero... antes.

MEÑIQUE: ¿Antes, qué?

PRINCESA. Antes quiero un palacio.

MEÑIQUE. ¿Un palacio?



PRINCESA. Un palacio para mañana mismo.

MEÑIQUE. ¡Un palacio! (*Duda.*) ¿Y te casas conmigo?

PRINCESA. Después.

NARRADOR. Meñique se despidió del rey y de la hermosa princesa. A ella la miró enamorado y con cierto brillo de melancolía en los ojos. Y volvió al camino. (*Mira el palacio a sus espaldas y suspira.*) Anduvo toda la noche. La luna iba tras él, iluminando sus pasos, hasta que se quedó dormida en la copa de un pino. Entonces, el bosque se hizo oscuro, como la boca de un lobo.

En el bosque, el Gigante se queja, y su lamento recuerda el aullido de un lobo.

MEÑIQUE. ¿Quién anda ahí? ¿Quién es? ¿Un oso? ¿Cien lobos? ¿Un dinosaurio?

GIGANTE. No, solo soy un pobre gigante.

MEÑIQUE. ¿Gi-gi-gi-gannnte?

GIGANTE. Aquí estoy.

MEÑIQUE. Ya, ya te veo. ¿Qué tienes?

GIGANTE. ¡Ay, tengo un dolor muy grande! Pero nadie puede ayudarme, porque es un dolor invisible.

MEÑIQUE. ¿Y dónde te duele?

GIGANTE. En la mano. Pero el dolor sube por el brazo y me llega hasta la frente.

MEÑIQUE. Deja ver.

NARRADOR. Abrió la mano el Gigante y Meñique se puso a mirar. Miró por aquí, por allá, como quien busca una aguja en un pajar. Hasta que encontró, justo en el pulgar, una espina de rosa.

MEÑIQUE. En un momento estarás curado.

NARRADOR. Dijo Meñique y, poniendo mucho esfuerzo y cuidado, sacó la espina.

MEÑIQUE. Ya está. Y ahora, ¿cómo te sientes?

GIGANTE. Mejor. Mucho mejor. Tú si eres un gran doctor.

MEÑIQUE. No, solo soy Meñique, hijo de campesinos.

GIGANTE. Me has salvado la vida.



MEÑIQUE. Bueno, no es para tanto.

GIGANTE. ¿Cómo puedo pagarte?

MEÑIQUE. Si pudieras ayudarme...

GIGANTE. Cuenta, Meñique, cuenta.

NARRADOR. Y Meñique le contó al Gigante que necesitaba un hermoso palacio para una hermosa princesa. Y el Gigante, ni corto ni perezoso, se puso a trabajar.

GIGANTE. Claro que te ayudaré. Es tan fácil como sembrar un bosque de pinos. Te haré un palacio con cien cuartos, cien ventanas, cien balcones y cuatro fuentes con cabezas de leones. Un palacio de maderas preciosas, con cúpulas de oro y cortinas de nube.

NARRADOR. Y así siguió contando el Gigante los detalles de aquel exótico palacio, hasta que Meñique se durmió. A la mañana siguiente, Meñique despertó asustado.

MEÑIQUE. ¿Y mi palacio?

GIGANTE. Ahí está.

NARRADOR. Dijo el Gigante y abrió la puerta de la casa. Entonces vio Meñique el palacio más asombroso que jamás se haya visto en algún cuento de hadas.

GIGANTE. Vamos, te acompaño a ver el rey y así llevamos tu palacio.

MEÑIQUE. ¡En marcha!

NARRADOR. Meñique estaba feliz. El Gigante lo acomodó en un hombro y en el otro puso el palacio. En los salones del rey había fiesta. Nadie se acordaba ya de Meñique. En eso, un gran ruido hizo temblar las paredes. Más de uno se desmayó, pero la mayoría de los invitados corrió fuera a ver qué pasaba. Entonces vieron a Meñique y se deslumbraron con su palacio de maderas preciosas. Hasta el rey perdió el habla.

PRINCESA. Este es el palacio más hermoso que ojos humanos hayan visto.

MEÑIQUE. Es para ti. ¿Te quieres casar conmigo?

PRINCESA. Después.

MEÑIQUE. ¿Después? ¿Después de qué?

PRINCESA. Cuando respondas estos enigmas.

MEÑIQUE. ¿Adivinanzas? Soy malo para las adivinanzas, pero lo intentaré.



PRINCESA. A ver: *¿qué es lo que siempre está cayendo y nunca se rompe?*

MEÑIQUE. (*Meñique piensa.*) Siempre está cayendo... nunca se rompe... Ya sé, mi madre me arrullaba con esa nana: ¡es la cascada!

PRINCESA. Muy bien. Ahora, dime: *¿quién es el que anda todos los días el mismo camino y nunca se vuelve atrás?*

MEÑIQUE. (*Meñique piensa.*) Anda todos los días... el mismo camino... Ya sé, *mi madre me arrullaba con es cuento: ¡es el sol!* ¿Algún enigma más?

PRINCESA. No. Ya estoy conforme. Aquí tienes mi mano de esposa, marqués Meñique.

NARRADOR. ¡Vivan los novios!

Aplausos. Víttores. Fuegos artificiales. Música.

NARRADOR. Al momento, sacó de su bolsillo el gigante un *carruaje para los novios, que era de nácar puro, con cuatro caballos blancos y mansos como palomas.* Puso el carruaje en su cabeza, con caballos y novios, y salió dando vivas y saltos de alegría.

Para la boda hubo lucecitas de colores, poemas, bailes y guirnaldas de flores. Algo de aquella música flota aun en el aire.

Cuentan que Meñique y la princesa fueron muy felices. Tuvieron hijos, nietos y biznietos. Y todos dejaron su casa para recorrer el mundo. El mundo que algún día será de los buenos, de los que tienen buen corazón. Y si de este cuento aprendiste otra lección, ve y cuéntala, y cuéntamela, para contársela a otros.

Miami, noviembre 2012-enero 2013.

© Eddy Díaz Souza, 2012

Quienes se interesen por realizar un montaje de esta obra, sea de carácter profesional o no, deben comunicarse primero con el autor a través del siguiente correo electrónico: souza.e@gmail.com